

## CAPITULO XIX.

## EL REMATE DE UNA FIESTA.

## I.

Seguia en la gran ciudad el alboroto producido por la solemnidad cívica de la colocacion de la estatua, y todos los súbditos de S. M. se entregaban al regocijo purísimo de los vasallos en las fiestas reales.

La Plaza estaba completamente llena, y en los balcones del palacio se agrupaba la gente de pro con el objeto de presenciar los fuegos artificiales.

La señora vireina, rodeada de las damas principales, ocupaba el gran balcon, y S. E. el marques de Branciforte el de la derecha, con sus favoritos y aduladores.

—S. M. Carlos IV, decia el inquisidor Clavijero, quedará agradecido á esta demostracion de cariño de parte de S. E.

—Cumpla con el deber de un leal y fiel servidor de S. M.

—La estatua hará eterno el nombre del rey y el de V. E., que ya se escribe en bronce y mármol.

—Ojalá que á mi memoria le acompañe la bendicion de este pueblo á quien verdaderamente amo, como parte del suelo patrio! ¡oh! si tuviera un *erario* mas rico, yo le trasformaria por completo.

—Yo creo que hay que convocar á la nacion para que haga un pequeño préstamo, al ménos para traer armas. V. E. comprenderá que la seguridad del país está comprometida con estos señores franceses; esa odiosa república trata en son de conquista á la Europa, y V. E. debe estar preparado para un evento, casi lejano, pero que no está fuera de la posibilidad.

—Su señoría me ha sugerido una idea feliz, sí, un *préstamo*... un préstamo.

—Desde luego me anticipo con mi pobre ofrenda; me cuotizo con cinco mil pesos.

—Sois un verdadero patriota.

—Gracias, señor marques.

—Yo me apunto con diez, dijo un potentado que traia á su pecho la cruz de Carlos III.

—Y yo con ochenta, dijo el almonedero de Branciforte, haciendo al virey una seña de inteligencia.

Branciforte comprendió que su privado trataba de levantar el negocio.

Los cortesanos acudieron á suscribirse, y en un momento se levantó la suma á trescientos mil pesos; cierto es que aquella dádiva le iba á costar á la nacion un ciento por uno.

—Gracias, gracias, decia el marques restregándose las manos, os portais como unos caballeros y desde luego voy á proponer que se os condecere.

Aquella promesa hecha en aquellos tiempos, en que un hombre daba su fortuna por un título, causó el mas vivo entusiasmo.

—Hoy es dia de felicitaciones, señor marques.

—Hay dias que parecen de bendicion, yo lo celebro por el país cuyos destinos me están encomendados, por una nacion á



quien gobierno con gran perjuicio de mis intereses y solo por no caer en desgracia con S. M.

—Todo ello se comprende, se apresuró á decir el inquisidor, que se habia tornado en el órgano de la tertulia.

—A propósito de negocios, venid, señor de Clavijero, os tengo que decir algo con permiso de estos señores.

Todos los cortesanos se inclinaron como un haz de trigo á un golpe de viento.

El virey y don Pedro se entraron á una sala inmediata.

## II.

La señora vireina tenia una conversacion muy empeñada con las damas.

—Yo os aseguro que no he oido jamas ese título, decia una muchacha alegre y burlona.

—No exajereis, Amelia.

—No es exajeracion, aun me parece ridículo ese nombre de *Condesa del Milagro*, eso estaria bueno en un retablo de San Vicente Ferrer por ejemplo.

—¿Y por qué os acordais de ese santo? preguntó con intencion una dama avechucho.

—Como de otro cualquiera, señora; ¿acaso es vuestro abogado?

—Lo fué en un tiempo, cuando ----

—Etcétera, respondió Amelia, pero volviendo á la señora del Milagro, yo le colgaré alguno por ese misterio en que se halla envuelta; el vulgo cuenta que por la noche se oyen lamentaciones, y suspiros, y sollozos, y no sé que otras cosas horribles, todo á las doce en punto y precisamente en el dormitorio de la condesa.

—Me dais calosfrio con vuestra leyenda.

—Aun hay mas: dicen que entran embozados, y hay quien asegure que al descubrir el viento á uno de ellos ---- no, no lo quiero ni recordar.

—Concluid por Dios, amiga mia.

—Lo vais á soñar durante tres noches.

—No importa, decidlo.

—Pues bien, la gente asegura que el embozado era un esqueleto.

—Qué horror! dijeron á una voz todas las damas.

—Ni mas ni menos, señora vireina, el embozado llevaba desnuda la calavera y habia en las órbitas un foco de luz amarillenta que deslumbraba.

—Jesus que atrocidad!

—Al andar el esqueleto se oia el ruido de los huesos, como dándose unos con otros.

—Amelia, nos estais horrorizando.

—Se asegura tambien, continuó la jóven entusiasmada con el efecto que estaba causando su leyenda, que la puerta de esa casa donde habita la condesa del Milagro, no se abre, y que los fantasmas atraviesan los muros.

—No es de creerse que pasen esas cosas sin que el Santo Oficio tome providencias.

—Ahí está el secreto; la Inquisicion, y esto sea dicho en reserva, no se atreve á llamar á la puerta de esa casa.

—¿Y no adivináis?

—No, ni lo pretendo, hay negocios muy peligrosos.

—Indagaremos, indagaremos, yo estoy segura de descubrir el misterio que envuelve á la condesa del Milagro.

## III.

—A vuestras órdenes, señora vireina, dijo doña María, saludando respetuosamente á la concurrencia.



Todas las damas influenciadas por la superstición se quedaron mudas de espanto, y apenas pudieron corresponder su saludo á la marquesa.

—Sentaos, señora, dijo la vireina, los fuegos van á comenzar.

—Perdonad, respondió galantemente doña María, he recibido muy tarde la invitación con que me habeis honrado.

—Disculpad, señora, á los servidores que hoy se han atarantado con el vértigo de la fiesta.

—Ni aun siquiera me ocurre el culparlos, toda vez que disfruto el alto honor de encontrarme á vuestro lado.

—Gracias, señora marquesa.

Doña María tomó asiento entre las damas, su fisonomía era severa, y su apostura completamente trágica.

La condesa llevaba unas alhajas valiosísimas, y su busto con toda la entonación judía, se destacaba hermoso é imponente con aquella cabeza ceñida de una aureola de brillantes.

La condesa llevaba un túnico de terciopelo negro con encajes de Flandes riquísimos.

Apuella mujer inspiraba respeto y tal vez espanto, después de oír el relato que la joven Amelia había hecho con tan vivos colores.

—¿Habeis pasado bien el día, señora marquesa?

—Perfectamente, señora; he estado escribiendo para España, y no cierro mi correspondencia hasta no completar el relato de solemnidad tan brillante.

—¿Teneis muchos amigos en la corte de Madrid?

—Me jacto de tenerlos buenos y generosos en la corte de S. M. Carlos IV.

—¿Conoceis á Godoy?

—Es un hombre de gran talento, insinuante, guapo mozo y buen caballero; no en vano S. M. le dispensa gran favor y cariño.

—Se dice, observó Amelia, que la reina es de la misma opinión que el monarca.

—Efectivamente, señorita, S. M. María Luisa estima alta-

mente al ministro, porque está al tanto de sus trabajos, y de lo mucho que España le debe. La mordacidad ha inventado verdaderas calumnias, que no herirán nunca el honor inmaculado de la reina.

—Como que hace dos meses han pedido en la audiencia que se le quemase la lengua á un francés por un solo epigrama que dijo contra S. M.

—El desprecio, señorita, es el mejor castigo.

—Hay quien diga que el rey está influenciado por Godoy.

—S. E. la señora vireina, que tiene afinidad con el ministro de Carlos IV, podrá decir mejor que yo, lo que pasa en la corte.

La esposa de Branciforte comprendió el veneno de aquellas palabras, dichas bajo la apariencia de un candor angelical.

—Ya sabeis, señoras, que las cortes son un foco de hablillas, y en eso todas se parecen; la corte de Francia nos ha dado el ejemplo: con una palabra, con una sonrisa, con una mirada, se hace trizas la ejecutoria mas limpia y se destruye la reputación mas bien sentada.

—Es cierto.

—Los enemigos de Godoy, no encontrando en su conducta una tacha que ponerle, ni falta en su administración, se han apoderado de esa arma terrible que pudiera hacer caer su cabeza.

—¿Que horror!

—Yo conozco á María Luisa, y es incapaz de un escándalo.

—Es necesario resignarse con ciertas cosas que no están en lo posible remediarlas, tales como esta.

—Es cierto, y porque la señora vireina vea hasta donde cunden esos rumores, acabo de presenciar una escena desagradable.

—Referidla si no es importuno.

—Dos criollos hablaban en la plaza teniendo un diálogo abominable.

—Hablad, señora.